

POETAS LÍRICOS CUBANOS

I

JOSÉ MARIA HEREDIA

Todo cubano recuerda y cultiva con respetuoso cariño la memoria de Heredia, reconociendo con legítima satisfacción que ha salvado su nombre el estrecho recinto de la patria y llegado á Europa, donde críticos ilustres, alemanes, españoles y franceses, lo han juzgado y apreciado en todo su valor. Nació en Santiago de Cuba el 31 de Diciembre de 1803; estudió las primeras letras en la isla de Santo Domingo; á los doce años pasó con su familia á Carácas, luégo á Méjico; volvió á la Habana, y obtuvo aquí el título de abogado, ejerciendo la profesion hasta 1825. Este cambio continuo de residencia era causado por las ocupaciones de su padre, juez íntegro y severo, que desempeñó varias magistraturas, y llegó á ser Regente de la Audiencia de Carácas, en tiempos bien difíciles por cierto; es decir, comenzada ya la guerra de Sur América; y dejando sin embargo un nombre por la rectitud é imparcialidad de su conducta.

Heredia respiró, pues, desde la niñez la atmósfera revuelta de aquellos días, y no pudo por tanto permanecer muchos años en la Habana; vivió algún tiempo en los Estados Unidos, ganando el sustento con la enseñanza de su idioma; pasó otra vez á Méjico, donde, á fuerza de sus relevantes prendas, ejerció altas magistraturas; y también, como su padre, dejó un nombre en esa espinosa carrera. En 1835 le fué permitido volver á la Habana, sólo estuvo cuatro meses, retornó á Méjico, y allí, con motivo de haberse prohibido que ejerciera ningún empleo público el que ño fuese nacido en el país, se halló de repente sin recursos, y presa de una terrible dolencia pulmonar, que desde muchos años ántes minaba sordamente su existencia. Murió en Toluca el 12 de Mayo de 1839. ¡ Con cuánta verdad, pues, ha insertado estas amargas palabras al frente de la edicion mejicana de sus poesías: — « El torbellino revolucionario me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más ó ménos fortuna he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta, á los veinte y cinco años. La nueva generacion gozará de dias más serenos, y los que en ella se consagren á las musas deben ser mucho más dichosos. » — La profecía desgraciadamente no salió cierta; su vida, corta y contrastada, fué en resúmen mejor que la de esos sucesores á que alude; los dias serenos

que anunció, fueron días mucho más sombríos que los suyos, y no tocó suerte más envidiable á los que despues se consagraron á las musas. José Jacinto Milánés perdió la razon muchos años ántes de morir. Plácido en 1844, Juan Clemente Zenea en 1871, perecieron trágicamente; este último á la misma edad que Heredia; Plácido mucho más jóven.

Ocupa en el Parnaso español el nombre de Heredia un puesto elevado, y hasta puede decirse que sus poesías líricas llenan un vacío que en él realmente se observa, pues parece indudable que la España, que tantos poetas dramáticos ha producido en el siglo actual, no presenta muchos nombres para ocupar el largo espacio que media entre la fecha de la publicacion de las odas magníficas de Gallego y de Quintana, y los brillantes ensayos de Monroy, que tanto prometia y tanto quizás hubiera cumplido si no hubiese muerto tan temprano. Espronceda desperdió casi de propósito sus extraordinarias facultades; Zorrilla no es un poeta completo, es sólo una imaginacion navegando sin lastre y sin timon. Heredia merece ser colocado despues de Quintana, á quien igualó en cuanto al vigor y la sinceridad de la inspiracion; pero de quien también se aleja en correccion, en pureza y en esa majestuosidad con que se desenvuelven las estrofas de las odas de Quintana, como caen los pliegues de una estátua griega.

Su turbulenta vida se refleja en la desigualdad de sus composiciones; concluye á veces con rasgos prosaicos una oda brillantemente comenzada; relámpagos sublimes iluminan otras veces sus más pálidas canciones. Dice lo que siente conforme al estado de su corazón, sin detenerse siempre á buscar la expresión más exacta; hoy el entusiasmo agita todas sus fibras; mañana la amargura más profunda, la más intensa desesperación se apodera de su alma. Escoge temas variadísimos; pero no en todas las ocasiones corresponde la inspiración á la diversidad de sus impulsos. No hay suceso contemporáneo á que no haya consagrado algunas líneas; con la vista fija en Europa, lo mismo que en América, tiene siempre versos para saludar todos los fulgores de la libertad, dondequiera que resplandecen; para maldecir todos los crímenes de la injusticia y la tiranía, dondequiera que se cometen.

Poseyó una instrucción extensa y variada, aunque, como era de suponerse, dado el carácter de su vida, poco profunda. Su larga residencia en los Estados Unidos le hizo aprender y conocer la literatura inglesa; y Byron, que fué el gran poeta universalmente admirado durante todo el primer tercio del siglo, ejerció sobre él visible influencia. No trató sin embargo de imitar lo mejor del célebre poeta inglés, y fué en esto ménos feliz que Espronceda, el cual sin poder

decirse que sea discípulo de Byron, se empapó tan fuertemente en su poesía que le debió varias de sus mejores páginas, como la carta de Elvira y las últimas estrofas sobre su muerte en el «Estudiante de Salamanca,» que son imitación afortunadísima de dos pasajes del *Don Juan*.

La oda al Niágara, la mejor y más correcta de todas las que escribió Heredia, es realmente admirable; una composición de primer orden, desde el principio hasta el fin, salvo sólo el apóstrofe que empieza: «Dios, Dios de la verdad!» que es débil é innecesariamente prosaico. Empero, esa misma estrofa tan pobremente comenzada termina con un verso muy hermoso:

Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

Por desgracia, hay varias versiones de esa oda en las diversas ediciones publicadas, y no sabemos cual sea la definitivamente escogida por el autor. La verdad es que ninguna nos satisface cumplidamente; en todas suponemos algunos errores de copia ó de imprenta, pues todas contienen palabras mal puestas, adjetivos impropios, y alguno que otro verso duro.

Es una magnífica composición, volvemos á decir; si contásemos los cubanos una docena de poesías que citar tan buenas como esa, ya tendríamos el derecho de levantar la cabeza en materias literarias. El mismo

Heredia no tiene otra que pueda considerarse enteramente su igual, á pesar de que hay trozos admirables en la meditacion sobre las ruinas de Cholula, en la epístola á Emilia y en varias otras. La descripcion del crepúsculo de la tarde, y de la noche que descende, mientras el poeta medita sentado en la famosa pirámide Azteca, es tal vez, aisladamente considerada, la mejor página que escribió.

El célebre crítico español Alberto Lista juzgó á Heredia con frases de grande encomio y lo calificó de gran poeta. Bien aplicada estará siempre tan alta calificacion á quien muestre, como él, tanto vigor y franqueza en la inspiracion, tanta verdad en las emociones y tanta impetuosidad en los movimientos.

Llamarlo el primer poeta de América seria quizás mucho aventurar y provocar inútiles comparaciones; pero no titubeamos en afirmar que no conocemos otro vate, en el Norte ó en el Sur, que se remonte más alto que él en sus buenos momentos; Bryant ó Longfellow, Bello ú Olmedo, no pueden en conjunto considerarse superiores á él.

II

PLÁCIDO

Gabriel de la Concepcion Valdes, llamado generalmente Plácido, nació en la Habana en 1809, de una

madre blanca, bailarina de teatro, y un padre mulato, que desempeñaba el oficio de peluquero. Nació, por tanto, libre, pero de color bastante oscuro, y sin poder ocultar que pertenecia á una raza tenida por inferior en un país donde existia la esclavitud. Como todos los de su clase que residian en las ciudades, escogió desde luego un oficio para ganar su subsistencia, y se hizo artífice en conchas ó Carey, mejor dicho, peñetero; más tarde dejó esta ocupacion sedentaria y enojosa, y trabajó por algun tiempo en oficinas de comercio. Como nada de esto se avenia bien con la poesía que sentia bullir dentro de sí, lo abandonó todo, y saliendo de la Habana, vagó por las demás poblaciones de la isla convidado á todos los festines, como los antiguos trovadores, y viviendo de los fugaces é inciertos productos de su inspiracion, hasta que, con motivo de la conspiracion de negros del año 1844, murió en el cadalso el 27 de Junio de aquel mismo año.

Tuvo un carácter adusto, agriado al mismo tiempo por su triste posicion; sin embargo, en una poesía de Milanés intitulada el *Poeta envilecido*, hay una estrofa que dice así:

Torpe ! que á su pensamiento
siendo libre como el viento
por alto don,
le corta el ala, le oculta
y en la cárcel le sepulta
del corazon.

¿ Y qué es mirar á este vate
 ser escabel del magnate
 en el festin,
 cantar sin rubor ni seso
 y disputar algun hueso
 con el mastin ;

y que segun el parecer de algunos contemporáneos, se referia á Plácido. Yo casi considero como una injusticia que se acuse al pobre mulato de una circunstancia que apenas estaria en su mano evitar. ¡ Cuánto hubiera dado por no necesitar de nadie un poeta, á quien la misma alteza de su inspiracion elevaba sobre el nivel de los demás! un hombre que en la hora solemne de la muerte escribia á su esposa estas angustiosas palabras : « No dejo expresiones á ningun amigo, porque sé que en el mundo no los hay ; dejo memorias á D. Francisco Martinez de la Rosa, á D. Juan Nicasio Gallego, y á Zorrilla. » El infeliz no habia encontrado amigos y sólo confiaba en tres personas que no lo conocian, pero que eran tres poetas y debian simpatizar con la memoria de un hermano tan cruelmente tratado por la suerte. Lo que sí es indudable es que muchas de sus composiciones fueron escritas sin más motivo que rendir homenaje á otros que ocupaban una posicion más alta que él, y ¡ eran tántos los que tenia por encima ! Nadie leerá sin un vivo sentimiento de disgusto y de dolor esas poesías, en que su talento sabia usar de una grandilocuencia, que oculta mal el

completo vacío de la inspiracion buscada por medios ficticios.

Si al recorrer su coleccion recordamos los escasísimos conocimientos que siempre tuvo, y que murió en toda la fuerza de su juventud, habremos de convenir en que ningun poeta cubano, incluso el mismo Heredia, estuvo naturalmente dotado de tan altas facultades. Estudió tarde y mal, y por eso se observa en muchas de sus poesías un alarde de erudicion, que por lo importuno nos hace creer que pocos momentos ántes acababa de aprenderlo y lo tenia aún fijo en la mente, como nos sucede á todos cuando adquirimos alguna idea nueva ; con la diferencia de que nosotros aprendimos en la infancia lo que á él sólo siendo ya hombre le fué dado saber. Y sin embargo, encontraremos maravillados algunas composiciones verdaderamente notables bajo cualquier aspecto que se consideren ; su romance á Jicotencal es bellissimo, Góngora de seguro, no lo hubiera hecho mejor ; muchos de sus sonetos tienen un sabor clásico admirable. En ciertos géneros inferiores, como la fábula y el epígrama, es con muchísima frecuencia tan bueno como los modelos reconocidos, como Iglesias ó como Iriarte.

¿ A quién imita Plácido ? A nadie, ó mejor dicho, á todo el mundo. Cuanto leia se reflejaba en su mente y la reproduccion siempre era con poca fortuna, pues la asimilacion no habia tenido lugar de una manera

completa. Entre las poesías que nos quedan de Heredia, hay muchas traducciones que revelan que ese trabajo no le disgustaba: y no lo extrañamos porque para traducir á un gran poeta es también preciso serlo; pero Plácido no llegó á saber medianamente ni áun el francés, y careció de los frecuentes motivos de inspiración que despierta en nuestra actividad la contemplación de lo bello. Las ideas bullían revueltas y confusas en su mente y le faltaron los medios de expresarlas. ¡ Con cuánta razón exclama, en una de las composiciones que escribió pocas horas ántes de su muerte:

Ay! que me llevo en la cabeza un mundo!

terrible expresión de dolor, tan amarga como el lamento de André Chénier, al poner su cabeza en el tajo de la guillotina: *Pourtant il y avait quelque chose là!* Nadie ha debido, por tanto, prestar con más razón que Plácido supersticiosa fe á la fatalidad, esa fuerza ciega que viene á señorearse de la mente que no puede explicarse la tenacidad de su infortunio. Recuérdese el hermoso soneto que le dedica. Y por el contrario, cuando la proximidad de su suplicio le hace olvidar las desgracias pasadas, eleva á Dios una hermosa plegaria, que nadie leerá sin consagrar un recuerdo de respeto y admiración á ese vate infortunado.

Hubo en Cuba un poeta negro, Juan Francisco Manzano, que fué realmente esclavo, y debió la liber-

tad á la simpatía que despertó su talento; por esto acaso muchos lo oponen á Plácido, considerándolo más interesante por su color y su condición servil. Hay en efecto, en las pocas poesías de Manzano que se conservan, una melancolía, una tristeza profunda, que en las de Plácido no se percibe tanto, ni del mismo modo. Pero eso es todo, no tienen otra cosa, ni merecen el nombre de composiciones literarias.

III

JOSÉ JACINTO MILANÉS

La opinión general ha colocado á José Jacinto Milanés inmediatamente después de Heredia y Plácido, y por mucho tiempo ha distinguido esos tres nombres entre los numerosos autores de versos que siempre ha tenido Cuba. Milanés se diferencia de los dos primeros, que fueron sus contemporáneos, en haber sido más reflexivo, si bien menos espontáneo, y en haber tenido ocasión y medios de haber escrito todo lo que quiso, auxiliado por su más que mediana instrucción y por sus conocimientos de literatura española, de los poetas del siglo XVII principalmente, que había leído y estudiado con empeño. La ciudad de Matanzas fué su cuna, en 1814, y aunque vivió hasta 1863 su carrera poética se detiene en 1843, en cuya época comenzó á debilitarse su razón, hasta el punto de quedar poco

despues perdido para las letras, Su vida no tiene historia ; viajó un poco, ya enfermo, en busca de alivio, que en realidad no logró ; desde la juventud llamaba la atencion por su carácter serio y reposado, y vivió casi siempre solo, y encerrado en su casa al lado de sus parientes.

La primera edicion de sus obras completas, conteniendo poesías líricas, leyendas, dramas, comedias y escritos en prosa, apareció en 1846, y esta circunstancia lo distingue tambien de los otros dos poetas citados, que no vieron todas sus obras coleccionadas. Heredia y Plácido escribieron sólo lo que pudieron, es decir, poco, y casi exclusivamente en un solo género : el uno no tuvo ocasion de hacer otra cosa en medio de su contrastada existencia ; el otro no poseyó jamás los medios de contener en justos límites su poderosa inspiracion, cuyos medios son el estudio y la experiencia. Milanés, por el contrario, sin ser más que poeta lírico, obligó á su musa á entrar por otros caminos más largos y difíciles.

En su tiempo se leian con avidez y aplauso las leyendas de Zorrilla, é intentó ensayarse en ese género bastardo de novelas en verso, escribiendo tres y parte de otra, en las cuales los defectos son más numerosos que las bellezas, sin embargo de algunos pasajes tiernos é inspirados.

En su tiempo tambien apareció *El Trovador*, de

García Gutierrez, inaugurando brillantemente ese género caballeresco, que tanto parecia prometer para la literatura contemporánea española, pues era la mezcla feliz de los principios dramáticos del siglo XVII y de las tendencias del XIX. Por desgracia, los poetas españoles han ido abandonando poco á poco esa senda, é internándose por otras, cuyos débiles resultados estamos viendo todos los dias. Milanés aspiró tambien á la gloria de García Gutierrez, y escribió el drama intitulado *El Conde Alarcos*. El argumento está tomado del Romancero : Lope de Vega lo presentó en una de sus comedias más endebles, y otros varios lo pusieron despues en escena, entre ellos Guillen de Castro, siendo la de Mira de Amescua la más notable de todas. El asunto es interesante, pero demasiado horrible ; hay que presentarlo con mucha habilidad para disminuir el disgusto que produce el desenlace en el alma del espectador, y ése es uno de los escollos que hicieron naufragar á Milanés ; el último acto tiene momentos bellísimos, hay con frecuencia una ternura arrobadora, pero la situacion casi siempre es falsa y la impresion horrorosa. El drama en conjunto puede decirse que es un bello ensayo ; está escrito con talento, con fuego, con pasion ; tiene muy á menudo graves incorrecciones y está plagado de ripios ; pero arranca lágrimas del más indiferente.

Su aficion al estudio le hizo conocer los antiguos

poetas dramáticos y tuvo siempre gran predilección por Lope de Vega, habiendo dejado sin concluir una comedia fielmente imitada de otra de aquel famoso dramaturgo, y probando en la que poseemos, bajo el título de *El poeta en la corte*, que había leído con fruto las producciones del antiguo teatro. Pero pretender escribir á la manera que lo hicieron Lope y los demás del siglo XVII, es un imposible: aquellos insignes escritores produjeron sus obras inspirados por multitud de circunstancias esencialmente españolas, por decirlo así, que hoy no existen ni pueden existir. Bueno es que se imiten ciertas cualidades, sobre todo la riqueza de la lengua; pero posponer, como lo hicieron ellos, la verosimilitud, y el estudio del corazón humano, al desarrollo de una intriga interesante; ser los apologistas del honor y la religiosidad, cosas que hoy se comprenden de tan distinta manera, — sería una empresa tan digna del ridículo como la locura del hidalgo de la Mancha.

Otra circunstancia en que anduvo también errado Milanés fué hacer la moralidad el fin constante y principal de casi todas sus poesías líricas. ¿Y qué consigue con esto? Ser una prueba más de que el arte no tiene otro fin que la expresión de las ideas bellas, y que el que quiere servir á la moral por medio de las bellas artes falta igualmente á la una y á las otras.

Hechas estas importantes salvedades, podemos aña-

dir que el mismo hecho de ser la moral el fin de muchas de sus composiciones, constituye una de las cualidades más notables de su carácter, y revela por dónde quiera un alma grande y pura, que siente en sí misma las llagas de la sociedad. Así es que sus poesías estigmatizan los vicios sociales con demasiada severidad á veces, pero siempre con arranques de vigoroso entusiasmo y noble indignación. Léanse el *Ebrio*, la *Cárcel*, el *Hijo del Rico* y otras muchas.

La otra cualidad más notable de su genio poético es la facilidad, la cual puede ser de dos maneras: ó bien la riqueza, la abundancia inagotable de pensamientos y de imágenes expresados con el vigor y exactitud que de suyo requieran; y ésta la llamaríamos *gran* facilidad; ó bien esa inimitable naturalidad, por medio de la cual van sucediéndose unas tras otras las estrofas, sin vender ningún esfuerzo y sin salir de cierta encantadora sencillez. Esta pudiera llamarse *pequeña* facilidad, y es la que corresponde por completo á Milanés. Esta cualidad envidiable, que no basta nunca á dar el estudio, es sin duda el principal motivo de la boga que han obtenido siempre en Cuba sus poesías; esa sensibilidad exquisita y sin afectación, expresada con tanto candor, halló desde luego eco en las almas sensibles de las mujeres, en la imaginación delicada de los poetas; y he ahí la razón por qué está con justicia colocado inmediatamente después de Plácido y de

Heredia, á quienes no igualó ni en inspiracion, ni en fuerza, ni áun tampoco en correccion. Fáciles, muy fáciles, y de una suavidad purísima y penetrante, son las redondillas de su poesía *La Madrugada*, y las décimas de las que lleva el título de *Su Alma*.

Hay en sus obras pocas poesías amatorias, y todas respiran los sentimientos más castos y elevados; al revés de las de Heredia que abusa del asunto, y áun cae con frecuencia en un verdadero sensualismo. El mayor número de sus composiciones desenvuelve temas de interés social y filosófico.

La mision del poeta sobre la tierra era para él un verdadero sacerdocio, y así trató de desempeñarla, conformándola á su caracter serio, estoico, superior á todos los desengaños pasajeros, ajeno á las tempestades que tanto anublan la existencia de otros poetas, teniendo en su alma sensible ecos para responder á todos los dolores de la humanidad; pero frio consigo mismo y mesurado en todos sus impulsos y afecciones. Poeta reflexivo en toda la extension de la palabra, como dijimos ántes; buscaba muchas veces el argumento ántes de sentir la inspiracion, y meditaba la leccion moral ántes de percibir la imágen poética; de ahí nació esa larguísima série de composiciones en que se esfuerza por trazar laboriosamente tipos más ó ménos abstractos, pero convencionales las más de las veces, como el *Hijo del Rico*, el *Hijo del Pobre*, el *Poeta*

Envilecido, la *Ramera*, el *Ebrio* y varios otros, títulos de muchas de sus poesías.

Hay un momento, en sus mejores composiciones, en que visiblemente se extravía la inspiracion, alucinada por el intempestivo deseo de producir una impresion moral. *El Beso*, por ejemplo; comienza deliciosamente, y describe con verdadera gracia y frescura, hasta la mitad de la composicion, dos amantes sentados y conversando en un jardín. El poeta se inclina á besar la mano de la mujer, y de repente se abstiene. ¿Porqué? Por las más extrañas é inverosímiles consideraciones; por una multitud de ideas inoportunas, que nada tenian que hacer en la situacion aquella; y habla de meretrices é intenta una descripcion infortunada y pobrísima del amor mercenario, cosas todas que en nada concuerdan con el tono sencillo y delicado con que comienza la poesía.

IV

LA MUERTE DE LA AVELLANEDA

Las letras hispano-americanas acaban de perder uno de sus más brillantes ornamentos. La eminente poetisa cubana Gertrúdis Gómez de Avellaneda murió últimamente (Marzo de 1873) en Sevilla, donde residia hace años, desprendida del mundo, por decirlo así, y consagrada casi exclusivamente á debe-

res religiosos. Sus últimos días fueron como el comentario vivo de las dos celebradas odas á la *Cruz y Dios y el Hombre*, que por muchos son consideradas como sus mejores composiciones en el género lírico.

La Avellaneda ocupa en la historia literaria un puesto tan curioso como interesante. Hemos creído siempre que el que leyese todas sus composiciones líricas y dramáticas, en prosa ó verso, sin saber de antemano el nombre de la autora, no soñaría siquiera en atribuirles á una mujer. No tiene ni una sola de las cualidades que por lo general distinguen á las mujeres-autoras. Más aún, si se suponen sus poesías escritas por un hombre, llamarían la atención por su entonación robusta, su lenguaje pomposo, y también á veces por la elevación de sus ideas; pero se notaría como defecto una marcada pobreza de sensibilidad y de ternura en el alma del poeta. García Gutierrez, Sélgas, Milanés tienen mucho más de femenino, es decir, más delicadeza y sutil penetración, que la autora del *Alfonso Munio* y el *Baltasar*.

Compárense las poesías de la Avellaneda con las de una verdadera poetisa, la Desbordes-Valmore por ejemplo, y se observará una diferencia muy grande, casi una oposición completa, en el carácter de las ideas y las expresiones. El corazón de esa mujer no sintió nunca afectos dulces ó apacibles; el entusiasmo, la admiración, la fé de los Cruzados llenaron más de una

vez su pecho y le inspiraron versos magníficos; pero las lágrimas no enturbiaron jamás sus ojos, ni el verdadero amor avasalló su alma. Una vez debió haber sufrido algún amargo desengaño, de que conservan huella unas hermosas cuartetos que hay en el tomo de sus versos; otra mujer, en caso idéntico, habría escrito una patética elegía. El corazón de la Avellaneda dió sólo un rugido de ira, un grito furioso de dolor.

En la escena consiguió verdaderos triunfos, y la representación del *Alfonso Munio* se recuerda en Madrid como un gran suceso literario. Esa tragedia y el *Saul* se parecen á las de Alfieri, el más viril y más rudo de los poetas; y las obras de la poetisa americana carecen como las del célebre trágico italiano, de flexibilidad y de pasión. Su *Baltasar* tiene más movimiento é interés que el *Sardanápalo* de Byron, al cual algo se asemeja.

Nadie, en Cuba ó en el resto de la América latina, ha escrito como ella. Ni Baralt, ni el mismo Andrés Bello, á pesar de su cabal conocimiento de la lengua y de su sintáxis, supieron penetrar tan completamente hasta la esencia del genio literario español, y encontrar sin esfuerzo acentos tan genuinamente castellanos, tan parecidos á los de Fernando de Herrera y Luis de Leon, sin pedantesca afectación de arcaísmo, con todo el calor y el vigor de la sávia moderna.